



DONNA LEON

Las aguas
de la eterna juventud



La ignorancia de la ley es la peor condena

Seix Barral



Seix Barral Biblioteca Formentor

Donna Leon
Las aguas
de la eterna juventud

Traducción del inglés por
Maia Figueroa Evans

Título original: *The Waters of Eternal Youth*

© 2016 by Donna Leon and Diogenes Verlag AG Zürich

© por la traducción, Maia Figueroa Evans, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2016

ISBN: 978-84-322-2597-0

Depósito legal: B. 450-2016

Composición: Àtona - Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Siempre había odiado las cenas de gala y aborrecía tener que acudir a aquélla. A Brunetti le resultaba indiferente conocer de antemano a algunos de los asistentes sentados a la larga mesa, y el hecho de que el acontecimiento se celebrase en casa de sus suegros —y, en consecuencia, en uno de los *palazzi* más hermosos de toda la ciudad— tampoco disminuía su irritación. Su esposa y su suegra lo habían presionado para que aceptara, pues, según ésta, su estatus en la ciudad daría cierto lustre a la velada.

Brunetti había insistido en que su «estatus» de *commissario di polizia* apenas añadiría un tenue resplandor a una cena celebrada en honor de unos extranjeros adinerados. No obstante, su suegra había empleado las tácticas de border collie que le había observado a lo largo del último cuarto de siglo: había correteado alrededor de sus pies aullando y ladrando hasta dirigirlo al lugar donde quería tenerlo. Una vez allí, consciente de haberlo debilitado, la *contessa* había añadido: «Además, Guido, Demetrianiana quiere verte, y si hablastes con ella, yo lo consideraría un gran favor».

Brunetti se había dado por vencido y así era como había ido a parar a una cena con la *contessa* Demetrian Lando-Continui, que estaba del todo a gusto a la cabeza de una larga mesa que no era la suya. Al otro extremo se sentaba su amiga del alma, la *contessa* Donatella Falier, cuya casa había pedido prestada para ofrecer aquella cena. Una cañería había reventado en la habitación de encima de su comedor y había hundido gran parte del techo; la sala había quedado inservible durante el futuro inmediato y había tenido que recurrir a su amiga. Aunque la *contessa* Falier no tenía ningún vínculo con la fundación en honor de la cual se celebraba aquella cena benéfica, no tuvo inconveniente en ayudar a su amiga, de modo que, como un par de sujetalibros, ambas señoras de la nobleza veneciana ocuparon los dos extremos de una mesa donde se sentaban ocho personas más.

La *contessa* Lando-Continui, que era una mujer menuda, estaba hablando en inglés con muy poco acento italiano y tenía que esforzarse para que la voz se oyese a lo largo de toda la mesa, pero no se la veía nerviosa por hablar en público. Su aspecto era muy cuidado: su cabello era una corona de rizos dorados, corto y con un peinado juvenil que parecía del todo natural en alguien de su reducido tamaño. Llevaba un vestido de color verde oscuro y mangas largas que permitían prestar atención a las manos, finas y de dedos largos, sin una sola mácula típica de su edad. Tenía los ojos casi del mismo color que el vestido y se complementaban muy bien con el tono de pelo escogido. Mientras la observaba, Brunetti reforzó su convicción de que medio siglo antes debió de ser una mujer muy atractiva.

Volvió a prestar atención a la conversación y la oyó decir:

—Tuve la gran fortuna de crecer en una Venecia distinta, no en este decorado creado para evocar a los turistas una ciudad en la que, hasta cierto punto, no han estado. Brunetti asintió con la cabeza para expresar su conformidad y siguió comiendo *spaghetti* con marisco mientras pensaba en cuánto se parecían a los de Paola; quizá porque la cocinera que los había hecho era la misma mujer que inició a Paola en la cocina.

—Me causa gran tristeza que la Administración municipal haga todo lo que está en su mano para que vengan más turistas. Al mismo tiempo —empezó a decir la *contessa*, pero antes de continuar alzó la mirada y repasó los rostros que tenía delante—, las familias venecianas, sobre todo las más jóvenes, se marchan porque no pueden pagar los alquileres ni comprar una casa.

Su aflicción era tan palpable que Brunetti miró a su esposa. Paola estaba sentada frente a él, al otro lado de la mesa, y asintió.

A la izquierda de la *contessa* había un joven inglés de cabello claro a quien ésta había presentado como lord No Sé Quién. A su lado estaba la famosa historiadora de Inglaterra cuyo libro sobre los Saboya Brunetti había leído y disfrutado. Era posible que la presencia de la doctora Moore fuese el resultado de no haber mencionado la participación de la familia del difunto esposo de la anfitriona, los Lando-Continui, con el régimen de Mussolini. A su izquierda se sentaba otro ciudadano inglés al que habían presentado como banquero; justo enfrente de Brunetti estaba Paola, a la derecha de su madre.

Así pues, Brunetti estaba junto a su suegra y delante de su esposa y, aunque sospechaba que aquella disposición debía de violar las normas de etiqueta, el alivio que le producía estar cerca de ellas era mayor que su preocu-

pación por la *politesse*. A la izquierda de Paola estaba la compañera del banquero, una mujer que resultó ser catedrática de Derecho en Oxford; después, un hombre que a lo largo de los años Brunetti había visto por la calle y, por último, un periodista alemán que llevaba años en la ciudad y había adquirido tal punto de cinismo que ya casi era italiano.

Brunetti miró a ambas *contessas* y, como siempre que las veía juntas, pensó en los emparejamientos tan extraños que formaba la vida. La *contessa* Falier había heredado a la otra cuando ésta enviudó. Aunque eran amigas desde hacía años, el vínculo entre ambas se reforzó con el fallecimiento del *conte* Lando-Continui, y pasaron de ser buenas amigas a amigas de verdad, hecho que Brunetti sopesaba cada vez que coincidía con la segunda, por lo diferentes que eran una de la otra en cuanto a seriedad y sensatez. La *contessa* Lando-Continui siempre se había mostrado cortés con él, en ocasiones incluso afable, pero el *commissario* solía preguntarse si no lo estaría tratando como un apéndice de Paola y de su suegra. ¿Era así como se sentían la mayoría de las esposas?

—Repito que... —decía la *contessa* Lando-Continui, y Brunetti volvió a prestarle toda su atención.

Mientras tomaba aliento para cumplir esa promesa, la interrumpió una floritura que el segundo hombre de su derecha hizo con la mano. Era aquel que Brunetti creía haber reconocido. De pelo oscuro, rondaba los cuarenta y llevaba una barba y un bigote influenciados sin duda por el último zar ruso; el hombre terció en voz alta aprovechando la pausa que su gesto había provocado.

—Mi estimada *contessa* —empezó, y se levantó sin prisa—, todos somos culpables de animar a los turistas a venir, incluso usted.

La *contessa* se volvió hacia él, con aparente desconcierto por la conjunción de las palabras *culpables* y *usted*, y puede que incluso algo nerviosa por si aquel personaje sabía algo que pudiera unir las con legitimidad. Colocó ambas manos a los lados del plato con las palmas hacia abajo y señales de tensión, como preparándose para tirar del mantel hacia el suelo si la conversación iba por esos derroteros.

Los comensales se sumieron en un mutismo desconcertado. El hombre sonrió a la anfitriona y se abrió paso por la grieta que había dejado su silencio. Habló en inglés, por deferencia hacia la mayoría de los presentes, a quienes miró uno a uno.

—Como ya saben, la bizarría de nuestra anfitriona a la hora de ayudar en la restauración de numerosos monumentos de la ciudad ha contribuido a preservar mucha de la belleza de Venecia y, por consiguiente, ha aumentado de forma incommensurable su atractivo como destino para aquellos que la aman y valoran sus maravillas.

Miró a su alrededor y sonrió al público.

Dado que estaba de pie cerca de ella y hablaba con claridad, era imposible que a la *contessa* se le hubiera escapado la palabra *bizarría*, pues después de que él la pronunciase se le había suavizado la expresión y había aflojado el puño alrededor del mantel. Alzó la mano con la palma hacia delante en dirección al caballero como si quisiera impedir más alabanzas. Sin embargo, reflexionó Brunetti, la voz de la verdad no podía ser refutada, así que el tipo tomó su copa y la levantó. El *commissario* se preguntó si se habría aprendido de memoria el parlamento, por la facilidad con la que lo había recitado.

Entonces Brunetti se inclinó hacia delante y, al ver que el hombre era corpulento, recordó que los habían presentado hacía unos años, en una reunión del Circolo

Italo-Britannico. Eso explicaba lo bien que se desenvolvía en inglés. Una foto pequeña de su rostro barbado había aparecido unas semanas antes en un artículo de *Il Gazzettino* que informaba de que la Comisión de Bellas Artes lo había nombrado para dirigir un estudio de las placas de mármol tallado de la ciudad. Brunetti había leído el artículo porque sobre el dintel del Palazzo Falier había cinco de ellas.

—Amigos míos y amigos de La Serenissima —prosiguió el tipo con una sonrisa aún más cálida—, me gustaría tomarme la libertad de brindar por nuestra anfitriona, la *contessa* Demetrian Landò-Continui. Además, me gustaría darle las gracias a título personal como veneciano y también a título profesional como alguien que trabaja para preservar la ciudad: gracias por todo lo que ha hecho por proteger el futuro de mi ciudad.

Miró a la *contessa*, sonrió y añadió:

—Nuestra ciudad.

Entonces levantó la otra mano e hizo un gesto que abarcaba al resto y corregía la menor sensación de que hubiese excluido a los no venecianos; para que no quedase duda, les ofreció una sonrisa más amplia incluso.

—Vuestra ciudad, pues lleváis a Venecia en el corazón y en vuestros sueños, y eso os convierte en *veneziani* como nosotros.

El aplauso que siguió duró tanto que al final tuvo que posar la copa para alzar ambas manos y de ese modo rehusar tan fervorosa reacción.

Brunetti hubiera preferido estar sentado junto a Paola, para poder preguntarle si corrían el riesgo de entrar en choque anafiláctico por exceso de encanto; sin embargo, le bastó una mirada rápida para comprender que ella compartía su preocupación.

Cuando se hizo el silencio, el hombre siguió hablando y esa vez se dirigió a la *contessa*.

—Quiero que sepa que los miembros de Salva Serenissima le están profundamente agradecidos por liderar los esfuerzos que invertimos en conseguir que el tejido de esta ciudad que tanto amamos continúe siendo una parte integral y ejemplar de nuestra vida y nuestras esperanzas.

De nuevo alzó la copa, pero esa vez dibujó con ella un círculo que los incluía a todos en el elogio.

El banquero y su compañera se pusieron en pie como al final de una conmovedora obra de teatro, pero al ver que los otros comensales permanecían en sus sillas, el banquero se alisó una arruga del pantalón y volvió a tomar asiento, y ella se colocó la camisa por debajo con mucho primor, como si ése fuera el motivo de haberse levantado.

«Salva Serenissima», pensó Brunetti. Ya comprendía la conexión de aquel tipo con la *contessa*. Antes de tener ocasión de preguntarse qué hacía el orador en la organización, una voz grave atronó en inglés: «¡Eso! ¡Eso!», como si estuvieran en la Cámara de los Lores y su señoría quisiera expresar su aprobación. Brunetti se forzó a sonreír y brindó con el resto, aunque no bebió de la copa. Desvió la mirada en dirección a Paola, que estaba en posición de tres cuartos mirando hacia el otro extremo de la mesa, a la amiga de su madre. Como si se hubiera percatado de su atención, se volvió hacia él y se permitió cerrar los ojos y abrirlos poco a poco, igual que si acabasen de decirle que la crucifixión no había hecho más que empezar y aún le faltaban varios clavos.

El hombre que había hablado parecía haber agotado su reserva de halagos, así que se sentó y retomó la cena, que ya estaba fría. La *contessa* Lando-Continui hizo lo

mismo. El resto intentó reanudar las diferentes conversaciones y en cuestión de minutos la velada continuó con un tintineo de voces elocuentes y de cubertería de plata.

Brunetti se volvió hacia su suegra y advirtió que el border collie había desaparecido para dar paso a un caniche somnoliento; muy decorativo pero aburrido y distraído. La *contessa* Falier, al ver que Paola charlaba con el banquero, dejó el tenedor y se recostó en la silla. El *commissario* comprobó que la mujer de su izquierda estaba hablando con el que había propuesto un brindis por la *contessa* Lando-Continui, así que volvió a dirigir su atención a su suegra, una mujer cuyas opiniones a menudo lo sorprendían tanto como las fuentes tan dispares que consultaba para formarlas.

Su charla acabó versando sobre las novedades de la semana en torno al gigantesco proyecto de ingeniería, el sistema MOSE, que debía proteger Venecia del riesgo de las mareas. Igual que muchos otros residentes, ambos pensaban desde el principio que el asunto olía muy mal y que todo lo que había ocurrido en las últimas tres décadas no había hecho más que acentuar el tufo. Brunetti había leído y oído demasiadas cosas para tener esperanza de que aquel sistema tan complicado y de coste faraónico cuyas enormes barreras metálicas debían impedir que el agua del mar entrase en la laguna funcionara algún día. La única certeza era que el importe del mantenimiento aumentaría año tras año. La investigación que se estaba llevando a cabo sobre los millones desaparecidos, pues se rumoreaba que el total tal vez ascendiese a una cifra astronómica, estaba en manos de la Guardia di Finanza, y la policía local sabía poco más de lo que se publicaba en la prensa.

Ante los primeros indicios de la magnitud del saqueo a los fondos europeos, las autoridades de la ciudad ha-

bían enrojecido de rabia; pero no pasó mucho tiempo antes de que ésta se tornase en vergüenza, cuando uno de los altos funcionarios primero se declaró inocente y poco después concedió que tal vez una pequeña parte del dinero del proyecto MOSE se hubiera desviado a su campaña electoral. Aun así, insistió en que no había tocado ni un solo euro para uso personal; al parecer creía que comprar unas elecciones era menos censurable que comprar un traje de la sastrería Brioni.

Tras un breve coqueteo con la indignación, el sentido común innato de Brunetti había ganado la batalla y había acabado por desechar el asco como respuesta adecuada. Era mejor pensar como un napolitano y considerarlo todo un teatro, una farsa en la que los líderes representan sus mejores papeles.

En cuanto los dos se cansaron del tema, Brunetti se dio cuenta de inmediato.

—La conoces de toda la vida, ¿verdad? —preguntó, y echó un breve vistazo a la cabeza de la mesa, donde la *contessa* Lando-Continui hablaba con el periodista alemán.

—Desde que llegué a Venecia. Hace años.

Brunetti no tenía claro si sonaba contenta por ello o no; en todos aquellos años apenas había revelado sus sentimientos por la ciudad por la que había abandonado su Florencia natal; había mostrado muy poco más allá de su amor por su familia.

—Sé que puede ser una sargento de la peor calaña, pero también es muy generosa y considerada. —La *contessa* Falier cabeceó para reafirmar lo que acababa de decir y añadió—: Aunque creo que la mayoría no se da cuenta. De todos modos, la pobre no se relaciona con mucha gente.

La *contessa* Falier miró a su alrededor antes de proseguir en voz baja.

—Esta velada es una excepción. Organiza cenas con potenciales patrocinadores, pero no le gusta hacerlo.

—¿Y por qué se molesta? Seguro que tienen un departamento de recaudación de fondos.

—Pues porque a nadie le amarga un lord —respondió en inglés.

—¿Y eso significa...?

—Es una *contessa*, así que siempre hay alguien que quiere presumir de haber comido a su mesa.

—En este caso —apuntó Brunetti mirando al conocido comedor—, ni siquiera es su mesa, ¿no?

La *contessa* se rio.

—O sea, ¿ella los invita a venir aquí, tú les das de comer y a cambio contribuyen a Salva Serenissima? —preguntó el *commissario*.

—Sí, más o menos es así —admitió la *contessa*—. Se entrega al trabajo que hacen y a medida que se ha ido haciendo mayor ha dedicado más esfuerzos a que los jóvenes de Venecia continúen viviendo y formando familias aquí. Nadie más se ocupa de eso. —Eché un vistazo a los comensales y al regresar a Brunetti dijo—: No estoy segura de que el trabajo que Salva Serenissima hizo con los mosaicos más pequeños de Torcello fuese gran cosa. En algunos sitios se distingue cuáles son las *tesserae* nuevas. Pero también han llevado a cabo mejoras estructurales, así que han hecho más bien que mal.

Como hacía años que no entraba en esa iglesia y tan sólo tenía vagos recuerdos de pecadores enviados al infierno y de mucha carne rosada, Brunetti se limitó a encogerse de hombros y suspirar, algo que en los últimos años acostumbraba a hacer a menudo.

Bajó la voz, dejó atrás la idea de los pecadores yendo al infierno y preguntó:

—El hombre que ha hablado..., ¿quién es?

Antes de contestar, la *contessa* Falier cogió la servilleta, se limpió los labios, la dejó y bebió un trago de agua. Ambos miraron al hombre que estaba cerca del otro extremo y vieron que hablaba con la historiadora, que parecía estar tomando notas en un pedazo de papel mientras lo escuchaba. La *contessa* Lando-Continui y el lord inglés estaban enfrascados en una conversación amistosa y el hombre hablaba italiano en voz muy alta y con fuerte acento.

La suegra de Brunetti, que al parecer se sentía protegida por el vozarrón del lord, se inclinó hacia él:

—Sandro Vittori-Ricciardi. Un protegido de Demetria.

—¿Y a qué se dedica?

—Es diseñador de interiores y restaurador de piedra y mármol. Trabaja en su fundación.

—¿Así que está involucrado en las cosas que ella hace para la ciudad?

—Que no se te olvide, Guido —repuso ella con un tono algo más duro—, que gracias a estas «cosas» la ciudad se ahorra millones de euros al año. Por no mencionar el dinero para restaurar los apartamentos que se alquilan a las familias jóvenes.

Entonces, para enfatizar la importancia, añadió:

—Todo eso sustituye las cantidades que el Gobierno ya no nos da.

Brunetti sintió una presencia a su espalda y se irguió para permitir que el camarero le retirase el plato. Esperó a que hubiese recogido también el de la *contessa* y respondió con tono conciliador:

—Por supuesto, tienes razón.

Sabía que el propósito de aquella cena era juntar potenciales donantes extranjeros con nativos de Venecia, y que él estaba en oferta como uno de estos últimos. Venga al zoo y conozca en su hábitat natural a los animales a los que ayuda a sobrevivir con sus donaciones. Venga a la hora de comer. A Brunetti no le gustaba demasiado la parte de sí mismo a la que se le ocurrían esas ideas, pero estaba al tanto de demasiados asuntos como para reprimirse.

Sabía que la *contessa* Lando-Continui llevaba años tratando de meter la mano en el bolsillo del *conte* Falier. Él había esquivado todas las intenciones con elegancia, pero también con rotundidad. «Si no robasen tanto, Demetria, la ciudad podría pagar las restauraciones. Y si las familias de los políticos no accediesen a las viviendas sociales, no tendrías que pedirle a la gente que te ayudase a reformar los apartamentos», Brunetti había oído al *conte* decirle en una ocasión.

Lejos de darse por vencida ante los comentarios del *conte* Falier, continuó invitándolo a las cenas que organizaba —lo había emplazado a asistir incluso a esta que estaban celebrando en su propia casa—, pero todas las veces él se acordaba de una reunión de última hora en El Cairo o de una cena en Milán. En una ocasión se había excusado mencionando al primer ministro, y esa noche tal vez hubiese alegado una cita con un traficante de armas ruso. Brunetti opinaba que al *conte* no le importaba mucho si sus excusas eran creíbles o no, siempre que él se divirtiese inventando historias que inquietasen a la *contessa*.

Así que ahí estaban Paola, su suegra y él, en su ausencia: una concesión a la insistencia de la *contessa*, y puede incluso que como premio para los asistentes, que conse-

guían una velada no sólo con la *contessa* Lando-Continui sino también con la *contessa* Falier. Dos auténticas aristócratas por el precio de una. Y la generación siguiente, de propina.

Llegó el postre. Una *ciambella con zucca e uvette* que Brunetti disfrutó muchísimo, igual que el vino dulce que sirvieron con ella. Cuando la camarera se acercó con una segunda porción, Paola y él intercambiaron una mirada. Brunetti sonrió y rehusó el ofrecimiento indicando que no con la cabeza, como si ése fuera el plan desde el principio y hubiera fracasado a la hora de persuadir a su mujer pero se hubiera convencido a sí mismo.

A continuación, se sintió con pleno derecho a aceptar una copita de *grappa*. Retiró la silla un poco, estiró las piernas y levantó la copa.

La *contessa* Falier volvió al tema como si no los hubiesen interrumpido y le preguntó:

—¿Tu curiosidad se debe a que el caballero trabaja para ella?

Movió a un lado la copita que el camarero le había dejado delante.

—Tengo curiosidad por saber por qué cree que tiene que adularla de esa manera.

Era la mejor respuesta que se le ocurrió.

—¿La sospecha constante de los motivos humanos te viene por ser policía? —preguntó ella con una sonrisa.

Hablaba con naturalidad, ahora que la conversación era más general y las voces se tapaban entre sí.

Antes de que Brunetti pudiera responder, la *contessa* Lando-Continui dejó su cuchara, y mirando a su amiga como para pedirle permiso anunció:

—Creo que el café se servirá en el *salone*.

Sandro Vittori-Ricciardi se levantó de inmediato y

pasó por detrás de ella para apartarle la silla. La *contessa* se puso en pie, le dio las gracias con una inclinación de cabeza, permitió que la cogiera del brazo y se dirigió al *salone*. Atravesó la puerta que llevaba del comedor a la parte delantera del *palazzo* y los invitados la siguieron en una fila desordenada.

El Palazzo Falier tenía vistas a lo que en Venecia se consideraba los *palazzi* menos agraciados de la otra orilla del Gran Canal. Sin embargo, algunos de los invitados, que desconocían su mediocridad, exclamaron ante su belleza.

Brunetti tomó a su suegra del brazo de camino a la sala contigua, donde se situaron junto a Paola. El café estaba servido en una mesa con incrustaciones de ónix, y vio que había azúcar pero no leche, lo que podría explicar por qué sólo lo tomaban los italianos.

Al ver que Vittori-Ricciardi estaba enfrascado en una conversación con el banquero y su compañera, el *commissario* se acercó lentamente a una de las ventanas desde donde se oía la charla.

—Es una parte más de nuestro patrimonio que se está destruyendo con el paso del tiempo —decía el veneciano.

—Si la isla es tan pequeña, ¿por qué es tan importante? —preguntó el banquero.

—Porque es uno de los primeros lugares donde se vivió y se construyó: las ruinas más antiguas son del siglo VII. La iglesia, la de los mosaicos, es más antigua que la mayoría de las de Venecia.

A juzgar por la pasión con la que hablaba Vittori-Ricciardi, podría haber estado comentando hechos del año anterior o de la semana pasada.

—¿Y eso es lo que quieren que restauremos?

El banquero no parecía, ni mucho menos, del todo convencido de que fuese una gran idea.

—Ayudar a restaurar, sí.

El veneciano se apartó un momento para dejar la tacita y enseguida regresó.

—Hay un mosaico del Juicio Final y creemos que tiene alguna filtración de agua por detrás. Debemos encontrar la fuente de la humedad e impedir que continúe sucediendo.

—¿Qué tiene de especial? —inquirió el inglés.

La respuesta tardó unos instantes en llegar y Brunetti interpretó la pausa como señal de la exasperación que la pregunta provocaba a Vittori-Ricciardi. No obstante, cuando respondió no hubo el menor indicio de ella.

—Si no intervenimos, la humedad podría destruirlo.

—Pero no están seguros.

Brunetti se alejó de ellos un paso, dejó la tacita y el plato en una mesa y regresó a la ventana a dedicar toda su atención al estudio de las fachadas de enfrente.

—Sí, estamos seguros. Pero para probarlo hay que ir detrás del mosaico, entrar en la estructura de la pared. Y el permiso para algo así tarda muchísimo tiempo. Tienen que concedérselo desde Roma —oyó que decía Vittori-Ricciardi con un matiz de resignación y aflicción que no pudo evitar—. Llevamos cinco años esperando una respuesta.

—¿Por qué hace falta tanto tiempo? —preguntó el banquero, y Brunetti se preguntó si ésa sería su primera visita a Italia.

—Hay una comisión, la de Bellas Artes, que tiene que aprobar las restauraciones. Antes de tocar algo tan valioso como esto, hay que contar con su permiso.

Brunetti debía admitir que la explicación de Vittori-Ricciardi lo hacía parecer un sistema cuerdo.

—Pero no van a causar daños, eso deberían saberlo —insistió el banquero.

Su tono demostraba que le costaba comprender la situación.

—Ellos se encargan de que ninguna persona sin autorización pueda dañar objetos artísticos —aclaró Vittori-Ricciardi.

—O robarlos, ¿no? —preguntó la mujer.

Brunetti dedujo que ella había pasado más tiempo en Italia que su compañero.

El *commissario* miró justo a tiempo de ver las puntas del fino bigote del veneciano elevarse en una sonrisa tensa.

—Sería muy difícil robar un mosaico.

—Entonces, ¿cuándo podremos echarle un vistazo? —intervino el banquero.

—Si me dice cuándo están disponibles, podemos ir esta semana.

—¿Cuándo empezarán a trabajar? —preguntó el inglés sin hacer caso de la respuesta anterior.

Brunetti tenía curiosidad por ver la expresión con la que la catedrática recibía la pregunta de su pareja, pero siguió prestando atención al otro lado del canal, casi como si aquellos tres estuvieran hablando en un idioma que él no comprendiese.

—En cuanto tengamos el permiso. Esperamos tenerlo dentro de unos meses —respondió Vittori-Ricciardi.

Brunetti supuso que el inglés se quedaría con «unos meses» y no con «esperamos», y no tendría la menor idea de cuánto más se acercaba a la verdad lo primero que lo segundo.

Se hizo el silencio. Vittori-Ricciardi tomó a su compañero de charla del brazo en un intento fallido de hacerlo parecer un gesto espontáneo, pero sólo consiguió que

el otro se sobresaltase y tratara de soltarse. Desaparecieron, seguidos con parsimonia por la mujer, por la puerta que conducía al *salone* donde se encontraban las vigas pintadas, uno de los elementos arquitectónicos por los que era conocido el Palazzo Falier.

Paola y su madre lo sorprendieron al aparecer casi de inmediato por la misma puerta, su esposa con la promesa de su huida. Acercándose a él, extendió la mano derecha en un gesto cargado de súplica.

—Guido, por favor, sácanos de aquí. Dile a Demetria que tienes que ir a arrestar a alguien.

—Vivo para servir —respondió un modesto Brunetti.

Las acompañó a la otra sala para despedirse de la *contessa* Lando-Continui, a quien encontraron sola en mitad del *salone* de su amiga, tan cómoda como si fuese el suyo. Se dieron los correspondientes besos y Paola y su madre salieron y dejaron a Brunetti a solas con la *contessa*.

Antes de que pudiera agradecerle la invitación, ella le puso la mano en el brazo.

—¿Ha hablado con Donatella?

—Sí.

—Me gustaría hablar con usted como policía y miembro de su familia —dijo con lentitud, como si estuviera transmitiendo un mensaje de especial relevancia.

—Haré lo que pueda —ofreció Brunetti.

Pensaba que le iba a preguntar cuál de los dos papeles era más importante, pero se limitó a apretarle el brazo y preguntar:

—¿Puede venir a verme mañana?

Porque una *contessa* no cogía un *vaporetto* para después ir a pie hasta la *questura*.

—¿Le va bien por la tarde?

—Estaré en casa.

—¿Sobre las cinco?

Ella asintió, le estrechó la mano y se volvió hacia el lord, que se había acercado para despedirse.

Unos minutos más tarde, Brunetti y Paola estaban a un lado del puente, delante de la universidad.

—Sienta bien dar un paseo después de una comida —dijo él tratando de evitar hablar de la velada.

No mencionó la última conversación. Hicieron una breve pausa en mitad del puente para ver qué hacían los bomberos. Pero no estaban haciendo nada.

El verano había dado paso al otoño apenas unos días antes y las bandadas de turistas habían comenzado su migración otoñal. En Campo San Polo no había nadie y los bares ya estaban cerrados; ni siquiera la pizzería del fondo estaba abierta.

—¿Qué te contaba el banquero? —preguntó Brunetti.

—Muchas cosas —respondió Paola—. Después de un rato he dejado de escuchar y he pasado a asentir con la cabeza cuando me parecía necesario.

—¿Se ha dado cuenta?

—No, no —dijo ella como si tal cosa—. Nunca se enteran.

—¿«Enteran», en plural?

—Los hombres que lo saben todo: hay un montón. La mujer a la que no le queda más remedio que escuchar sólo tiene que poner cara de interés y cabecear de vez en cuando. Yo aprovecho para recordar poemas.

—¿Yo soy uno de éstos?

Paola le estudió el rostro.

—¿Me conoces desde hace tantos años y aun así tienes que preguntarme eso? —Al ver que Brunetti no respondía, continuó—: No, no lo eres. Sabes muchísimo, pero no vas presumiendo por ahí.

—¿Y si lo hiciera?

—Ay —dijo ella, y siguió caminando—, el divorcio es una lata. Supongo que pondría cara de interés y asentiría todo el rato.

—¿Y pensarías en poemas?

—Exacto.

Llegaron a la calle que conducía hasta su casa. Por algún motivo, Brunetti se acordó de cómo era Venecia cuando eran niños, cuando eran muy pocos los que cerraban la puerta con llave. Desde luego, su familia no lo hacía; aunque pensó que, por otro lado, tampoco había nada que robar. Al llegar a la puerta sacó las llaves, pero antes de abrir rodeó a Paola con un brazo y se inclinó para darle un beso en la cabeza.